

Traducciones / Traduções / Translations

# FRAGMENTOS DEL PASADO DO PASSADO

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA • REVISTA DE ARQUEOLOGIA

Nº 2 | 2016 | 47-52

## EXCURSIÓN A LOS VALLES CALCHAQUÍES\*

*Excursion to the Calchaqui valleys*

Conde Henry de La Vaulx

Miembro de la Sociedad de Americanistas de París<sup>1</sup>

En *Journal de la Société des Américanistes* 3 (primera serie):168-176.  
París. 1901, bajo el título: "Excursion dans les Vallées Calchaquies"

\*Traducción: Carlota Romero

**AZARA**  
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

A mi regreso del viaje a la Patagonia, fui a ver las colecciones conservadas en el Museo de La Plata, que se referían a las antigüedades de las provincias andinas septentrionales de la República Argentina, es decir las provincias de Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. Contaba con tres semanas de tiempo libre antes de volver a Francia, y se me ocurrió entonces la idea de hacer un viaje de reconocimiento a dicho rincón del territorio, con el solo fin de documentarme sobre la manera de llevar a cabo más tarde una misión. El 28 de agosto de 1897, emprendí viaje a Tucumán, donde llegué el 30, confortablemente instalado en un espléndido pullman americano.

Había elegido como objetivo de mi excursión los Valles Calchaquíes, que se extienden de norte a sur desde la provincia de Salta hasta la provincia de Catamarca, separando las cordilleras en dos cadenas paralelas. Recién el 3 de setiembre, después de largas marchas por la montaña a alturas de 2000 a 3000 metros, en medio de borrascas de nieve, desembocamos en los Valles Calchaquíes, y pronto llegamos al poblado de Colalao del Valle; nos detuvimos sólo el tiempo necesario para comer algo y al anochecer nos encontramos en Bañado, en casa de un chileno, de nombre Alvarez, para quien llevaba cartas de recomendación. El valle en este lugar es muy ancho; en la lejanía al oeste se extienden las ruinas de la antigua ciudad de Quilmes. Esta ciudad representa el vestigio más importante de una civilización desaparecida, y por doquier, en los alrededores, se encuentran memorias de las razas calchaquíes. Es aquí donde Zavaleta hace algunos meses hizo llevar a cabo excavaciones a gauchos ignorantes. Estas excavaciones realizadas sin orden y sin método produ-

jeron resultados ínfimos. Me hice conducir por mi huésped al lugar donde Zavaleta mandó realizar sus búsquedas. Por todos lados sobre el suelo yacían los restos de las cerámicas. Mandé cavar de inmediato una zanja, y pronto la pala golpeó contra una sustancia dura. Era una urna; poco a poco la desprendí de la tierra que la rodeaba. Mandé continuar las excavaciones hacia adelante y en forma circular. Me encontré en un gran foso, lleno de urnas colocadas verticalmente y dispuestas unas al lado de las otras en círculo.

Generalmente una urna de gran tamaño de forma globular ocupaba el centro, rodeada de cuatro a cinco urnas de menores dimensiones y formas más esbeltas. Llegué a descubrir en esta misma fosa de treinta y cinco a cuarenta urnas dispuestas tal como lo acabo de mencionar. Cada vasija estaba recubierta de un plato (pucu). En el interior de estas urnas, encontré fragmentos de cráneos de niños de poca edad. Nunca pude descubrir otras osamentas. La cabeza únicamente parecía haber sido depositada en estas urnas. No encontré ningún otro objeto, tal como alhajas, flechas de piedra, etc., ni ceniza alguna. Vuelvo a insistir sobre este punto de que estas urnas contenían únicamente cráneos de niños, y sólo uno en cada vasija. Esto me hace suponer que me encontraba en presencia de urnas de sacrificio. Debo observar con todo que no encontré jamás un cráneo intacto; las diferentes partes de la caja craneana estaban disgregadas y a menudo reducidas a polvo. Quizá el resto más frágil del esqueleto ya estuviera completamente destruido. Esto es bastante inverosímil, y resultaría muy sorprendente, a mi ver, la ausencia completa de osamentas en urnas en que se hubieran inhumado esqueletos enteros.

Paso ahora a la descripción de las vasijas que pude extraer durante las excavaciones, y que están expuestas en la sala americana del Museo de Etnografía del Trocadéro. Varias de ellas desgraciadamente están en mal estado, ya que no tuve a mi disposición medios de transporte muy cómodos, no habiendo sido esta expedición más que un simple viaje de reconocimiento. Además, por la acción del aire y del sol, las vasijas se volvieron muy friables y, a pesar de todas las precauciones que tomé, a menudo quedaron reducidas a polvo. Con todo, las urnas que pude llevar a París son nueve. Presentan tres formas diferentes.

El primer ejemplar, representado en la colección por un solo espécimen, es una especie de jarro de forma ovoide con fondo troncocónico, con un pequeño reborde en el orificio. En el vértice del vientre se observa una nariz que se prolonga hacia arriba a través de cejas arqueadas en relieve, así como dos ojos salientes con párpados horizontales, una boca pequeña y un pequeño mentón igualmente en relieve. Una decoración en pardo violáceo sobre fondo rojo adorna la vasija formando hojarasca. Había dos pequeñas asas colocadas a muy poca altura, pero están rotas.

La segunda forma (dos especímenes) es globular con fondo troncocónico. Una de las urnas tiene el cuello muy bajo y ancho, una figura en relieve sobre el vientre, la nariz y las cejas arqueadas forman un solo motivo, en forma de V, cuyos brazos se doblaban hacia abajo, dos pequeñas asas colocadas a poca altura y con aperturas verticales; sólo la parte superior de la urna está engobada de blanco con una greca de un marrón violeta como decoración. La segunda urna de forma globular, más elegante, cuenta con un cuello cilíndrico de

borde ancho; sólo la mitad superior está engobada de blanco y adornada con grecas siempre del mismo tono violeta; dos pequeñas asas con aperturas verticales están colocadas en la parte inferior.

La tercera forma, la más numerosa en la colección, se compone de seis urnas en tierra roja engobada de blanco con una decoración de un marrón violeta, englobando la vasija de arriba hasta abajo. Desgraciadamente, dentro de la serie, me ha sido imposible completar la altura de dos urnas que carecen de cuello; las demás varían entre los 0,55 y los 0,68 m. El ensanche del cuello va de 0,34 a 0,41 m de diámetro. La vasija es de forma esbelta con fondo troncocónico, con un vientre ligeramente globular; dos pequeñas asas están colocadas a poca altura, abiertas verticalmente como para dejar pasar una correa. El cuello cilíndrico muy abierto tiene de 0,27 a 0,37 m de altura. La decoración varía de una urna a otra. Sobre tres vasijas, una separación media indica la nariz con un trazo grueso o formado por líneas paralelas que ascienden hacia el borde de la urna trazando dos cejas arqueadas; de cada lado un círculo con un punto central indica el ojo del que descienden líneas en zigzag simulando lágrimas. La cuarta urna tiene una nariz pintada en forma de V muy corta. A la quinta urna le falta la parte superior del cuello; la sexta tiene caracteres especiales a los que volveré a referirme de inmediato.

El conjunto de pinturas que decoran las vasijas presenta, por cierto, temas jeroglíficos, que han sido interpretados hasta ahora muy libremente. Esta decoración se compone de líneas quebradas, triángulos, grecas escalonadas, motivos en zigzag, dameros, triángulos a cuadros, avestruces con una cruz sobre el cuerpo, serpientes, cuadrúpedos o personajes que adoptan la

postura de ranas, la espalda ornamentada con grecas escalonadas entre líneas paralelas, etc.

La sexta urna tiene el vientre un poco más abultado que las precedentes; y, además de la decoración común, está adornada por dos pequeños brazos muy delgados, colocados en relieve en semicírculos, que se unen para sostener, entre dedos muy largos, una pequeña copa, sin duda un vaso votivo. El orificio del cuello falta y no se puede saber cómo está formada la cabeza del personaje.

Esta actitud de ofrenda se encuentra reproducida sobre algunos vasos de Chicha, encontrados en las necrópolis en las afueras de Lima en Perú. Estas vasijas mucho más pequeñas representan personajes toscamente indicados; la cabeza envuelta en un gorro cilíndrico forma el cuello del vaso, dos pequeños brazos sostienen la copa votiva, las pinturas de un tono marrón violeta marcan los contornos o los relieves de los miembros del personaje, a veces los tatuajes o las partes de la vestimenta. El fondo de la vasija está engobado de blanco.

Además de las urnas, la colección que formé se compone de nueve escudillas o pucos.

También a éstos podemos dividirlos en tres categorías: La primera categoría comprende siete especímenes. Tienen forma de casquete, fabricados en tierra roja, engobados de blanco y decorados interior o exteriormente con grecas, motivos en zigzag, serpientes, etc., del mismo color que las urnas. Llevan dos pequeñas protuberancias de cada lado del borde exterior. Estos pucos, como ya lo he señalado, tapaban el orificio de las vasijas y cubrían los cráneos colocados en las urnas.

Las dos categorías restantes de pucos

están representadas cada una de ellas por un solo espécimen y, detalle curioso, los encontré en la misma urna uno debajo del otro. La urna en la que encontré estas escudillas es, si no la más intacta de la serie, al menos una de las más completas. La primera escudilla en tierra negra bastante fina, lustrada, tiene un fondo chato de 0,05 de diámetro; su apertura es de 0,15 c. de diámetro; su altura es de 0,08 c. Está ornamentada exteriormente en el borde con un motivo de zetas colocadas entre dos líneas paralelas grabadas sobre la tierra todavía fresca. Presenta una fabricación absolutamente diferente de las otras escudillas y de las urnas ya descritas. Estaba colocada sobre el cráneo mismo de un niño, la apertura para abajo. Encima de éste se encontraba otro puco mucho más grande (0,39 c. de diámetro, por 0,20 de altura; el diámetro del cuello de la urna, cuyo orificio tapaba, es de 0,40 c.) Este último puco representa la tercera categoría, varía completamente en el contorno, la fabricación y la decoración. Aquellos observados hasta ahora eran convexos o troncocónicos. Este último adopta la forma ondulada con el extremo deprimido. La tierra y el grado de cocción parecen idénticos a las urnas de la primera categoría. Pero la parte exterior está decorada con pequeños trazos circulares; el interior sin decoración está alisado con el pulgar. La decoración observada en esta vasija difiere pues completamente de aquellas descritas hasta ahora, no puede haberse obtenido de otro modo que extendiendo tierra blanda en el interior de una cesta. Las partes en relieve de entrelazamiento de ramitas, de cañas, mimbre o ramaje que servían para la confección del cesto, encontrándose modeladas por la tierra, han dejado su impresión sobre el contorno exterior del puco. La

parte deprimida del fondo muestra muy claramente la forma cuadrada, comienzo de la confección de la cestería. Esta manera de proceder era de uso bastante generalizado entre los pueblos primitivos, y se ha conservado todavía hasta épocas recientes. En la colección que he traído de la Patagonia, se encuentran también fragmentos de cerámica cuya decoración está entretejida y fabricada de la misma manera (Musée d'Ethnog., núms. 47523 a 47528); provienen de paraderos antiguos entre San Gabriel y Choele-Choel (Río Negro). El museo de etnografía cuenta entre sus colecciones con fragmentos que proceden de los indios pueblo de Nueva México de la colección Pinart, que presentan depresiones semejantes. Cessac observó el mismo procedimiento entre los nativos de California. La vasija que se obtuvo extendiendo la arcilla sobre un cesto se había cocido, y el cesto, al consumirse, favoreció la cocción de la arcilla.

El museo posee además numerosos especímenes de cerámicas fabricadas por el mismo procedimiento de parte de poblaciones que de ninguna manera han tenido un posible acercamiento con las nuestras, puesto que provienen de diferentes exploraciones realizadas en el Sahara por Foureau<sup>2</sup>. No se trata pues de un procedimiento local, pero resulta interesante compararlo sobre todo para América del Norte con los indios pueblo, que también fabrican vasijas en tierra engobadas de blanco con iluminación de tonos pardos o violáceos (muy parecida como colorido a las ornamentaciones de las vasijas calchaquíes).

La colección concluye con una pequeña vasija de tierra bien cocida, imitación tosca de las aríbalos del Alto Perú; una pequeña cabeza hueca en tierra cocida (adorno de

vasija), cejas en relieve, nariz pequeña, tatuaje sobre las mejillas; un amuleto de alabastro de forma triangular, con puntas que forman pequeños círculos superpuestos. La misma forma de amuleto algo más tosca se encuentra en una vitrina del Perú (Col. Wiener núm. 4198).

Debemos agregar además a la colección seis hachas de piedra con acanaladuras; nos recuerdan las de América del Norte, muy particularmente las de Arizona.

Estas son, descritas en forma sucinta, las colecciones que pude procurarme durante mi excursión a los Valles Calchaquíes.

Aproveché mi estadía para visitar las ruinas de Quilmes. Desgraciadamente me faltó tiempo para hacer excavaciones en serio. Sin embargo, en la cavidad de un peñasco, pude descubrir una sepultura: se parecía a una gruta y contenía tres urnas: dos de ellas colocadas verticalmente sobre el suelo estaban en un primer plano; en el fondo, la tercera, colocada verticalmente, estaba rellena de ceniza. Examiné el contenido de las dos urnas de la parte delantera: una de ellas contenía una tierra muy viscosa y compacta, residuo sin duda de alimentos descompuestos; la segunda urna, situada a la derecha con respecto al fondo de la gruta, está cubierta con un puco. Debajo de él descubrí los esqueletos enteros de dos niños y me llevé los cráneos, que se encuentran en la sala de Antropología del Museo. Estaba pues aquí en presencia de una verdadera sepultura, con vasijas de ofrenda, aislada en el fondo de una pequeña gruta. Es por ello que opino que las urnas que encontré en Bañado, dispuestas simétricamente y en las cuales hallé solo restos de cráneos, conteniendo los residuos de inmensos sacrificios, no eran verdaderas sepulturas. Estoy persuadido de que excavaciones bien realizadas

en la ciudad de Quilmes resultarían en descubrimientos considerables, pero se necesitarían enormes cantidades de tiempo y dinero para registrar resultados importantes, pues la ciudad de Quilmes es inmensa. Hasta el presente todas las excavaciones allí realizadas no han dado casi resultado alguno, pues no han sido metódicas y con frecuencia fueron realizadas con poca paciencia; se pasaba de un lugar a otro sin mantener la continuidad si los descubrimientos no se veían coronados por un éxito inmediato.

### NOTAS

1. Comunicación hecha a la Sociedad de Americanistas de París, en su sesión del 9 de enero de 1900. Véase la lámina V.
2. El Doctor Hamy, habiendo mandado hacer experimentos para averiguar de qué parte de África podía proceder la cestería comparable a las impresiones reproducidas sobre los fragmentos de las cerámicas de Foureau, no obtuvo resultado alguno más que cuando las indagaciones se orientaron hacia Etiopía y Somalia.